

Históricas Digital

Ana Garduño, Renato González Mello, Cristóbal Andrés Jácome, Jovita Millán, Margarita Tortajada, Álvaro Vázquez Mantecón

Ana Garduño y Renato González Mello
(coordinación)

Cuarta parte. Arte
"Arquitectura"
p. 485-502

*Historia documental de México
volumen III*

Miguel León-Portilla (edición)

Cuarta edición corregida y aumentada

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2013

632 p.

Gráficas y cuadros

(Documental, 4)

ISBN obra completa: 978-607-02-4344-8

ISBN volumen 3: 978-607-02-4346-2

Formato: PDF

Publicado en línea: 8 de mayo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/historia_documental/vol03.html

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

Arquitectura

[1] México ante las Olimpiadas (1967)

En 1967, ante la expectativa de celebrarse en México la XIX Olimpiada, la crítica de arte Raquel Tibol entrevista al organizador del magno evento: Pedro Ramírez Vázquez. Arquitecto por excelencia del régimen, plasma su interés en la empresa olímpica como medio para lograr el posicionamiento del país en un panorama internacional.

CRISTÓBAL ANDRÉS JÁCOME

Fuente: *Calli*, n. 30, noviembre-diciembre de 1967, p. 7 a 9.

Entrevista de Raquel Tibol al arquitecto Pedro Ramírez Vázquez

Según el país en el que se realicen los Juegos Olímpicos adquieren un carácter particular y un objetivo bastante preciso. Pasando revista a su suce-

sión a partir de los realizados en Los Ángeles, California, en 1932, observamos que éstos se desarrollaron en un tiempo de tranquilidad mundial, de paz; fueron muy deportivos en un país muy deportivo; se llevaron a efecto en una región llena de colegios, de ambiente atlético; fue una olimpiada muy metódica, muy juvenil, muy de récords; pero los medios de difusión de hace 35 años le dieron cierto carácter doméstico, interno. La de 1936 en el Berlín de Hitler tuvo un fuerte acento político, que el COI objetó aunque no pudo evitar porque la sede le había sido concedida a Alemania antes del ascenso del nazismo al poder; Hitler la tenía, la aprovechó y no se la pudieron quitar; fue una olimpiada espectacular, muy brillante en su organización y con una temática y un alcance marcadamente nazi.

En 1948 hicieron su aparición, en el marco de los Juegos Olímpicos, los eventos culturales: música, escultura, pintura, la arquitectura, urbanismo; pero la presencia de la cultura no fue muy destacada porque las personalidades más significativas no asistían; en consecuencia, se perdió el interés y sólo excepcionalmente se realizaron concursos de arte con participación de elementos de valía. Este antecedente hizo que al fin el COI decidiera que lo cultural no tendría carácter competitivo: no se daría premio ni distinción alguna. Es que en verdad la cultura no se debe cronometrar como el deporte. Los Juegos Olímpicos de 1948 fueron en Londres; se quiso de esa manera ayudar al pueblo inglés a restañar las heridas dejadas por la guerra y reunir a la juventud del mundo, a la que debía construir y reconstruir, en aquel escenario de tragedia y destrucción. Fueron juegos muy ingleses, muy medidos, muy justos, muy eficientes, sin mayor publicidad, sin grandes, sin grandes atractivos; pero el pueblo inglés cumplió con el compromiso olímpico.

En 1952 Finlandia era un país de pocos recursos y los juegos de Helsinki tuvieron la característica de que el aparato olímpico descansó en toda la población que fue incorporada masivamente a todas las necesidades. Finlandia acababa de salir de problemas bélicos, aspiraba a ganarse la amistad del mundo, quería enseñar su dignidad de país libre, necesitaba que el mundo supiera que existía. Finlandia hizo los Juegos más económicos; sólo gastó 20 mil dólares, porque casi todos los gastos corrieron por cuenta de las familias que alojaron a atletas y visitantes; de las universidades y organizaciones que construyeron las instalaciones requeridas; su actitud de cautela económica fue quizá una medida de seguridad. Por otro lado, el ni-



vel cultural del país, a pesar de la barrera del idioma, permitió a las familias finas actuar como anfitrionas.

Después los Juegos fueron a Australia, en una de las esquinas del Mundo, adquirieron el carácter de una promoción turística comercial. Los australianos querían que se supiera de su existencia, de su producción, de sus mercados; querían entrar al múltiple tráfico del mundo contemporáneo. Fue una olimpiada con escasa asistencia turística por lo elevado de los gastos; pero Australia consiguió lo que buscaba: en todas partes se supo dónde quedaba Sidney, Canberra, Melbourne. Los medios de difusión corrigen las enormes distancias y el impacto adquiere suficiente energía.

A Roma y a Tokio se les había concedido la sede antes de que la segunda guerra mundial impusiera la suspensión. Después de conversaciones en el seno del COI se reconocieron esos compromisos pendientes. Italia tiene problemas semejantes a los de México en tanto país con industria turística: recibe turismo por tierra y regional, sobre todo de la Europa central, como nosotros lo recibimos de los Estados Unidos. Por su pléyade de grandes arquitectos contemporáneos, con Nervi a la cabeza, Roma convierte a la olimpiada en su alarde de moderna técnica de construcción. Sus juegos eficientes no la llevan a un auge turístico, que no necesita, ni la arrastran al desastre. Es un caso similar al de México: los Juegos Olímpicos no nos hundan ni nos salvan.

Japón destacó por el uso de la electrónica en el desarrollo de los Juegos y por un enorme despliegue de costos elevados. Seguramente el Japón tuvo legítimos propósitos nacionales internos para imprimirle ese sello.

México llega a los Juegos Olímpicos en un momento en que, por el interés que ya han despertado, constituyen el acto de mayor impacto publicitario para cualquier país. Interesen o no, se habla de ellos en todas partes. La difusión por televisión hace que el público no sea ya sólo el que cabe en los estadios, sino el muchísimo mayor que está frente a las pantallas de los aparatos. Y en ese sentido México tiene una ubicación ideal que le permitirá superar problemas que fueron insolubles para Japón, cuyas emisiones entraban al mayor público de televisión del mundo, los Estados Unidos, a las tres de la madrugada. Y cabe señalar que el video-tape del día siguiente tiene casi el mismo valor que el periódico.

México tiene la oportunidad de entrar prácticamente a todos los hogares de los EE.UU. con la imagen que queremos o debemos dar de nuestro país. Estamos a sólo siete horas del mundo europeo. Programados adecuadamente los eventos se logra que pruebas que se realizan aquí a las 4 de la tarde lleguen a Europa a las 11 de la noche. Nuestra capacidad de difusión es más amplia que la de cualquier otro país. Para nosotros tiene importancia aprovechar la oportunidad de que 400 millones de gentes conozcan muchos aspectos de México que aún no se conocen en el mundo. Nuestro folklore se conoce, también nuestras raíces prehispánicas; se nos empieza a conocer y respetar por nuestro desarrollo, por nuestra estabilidad política y económica; pero se duda de nuestra eficiencia. Queremos mostrar, junto a los otros aspectos y de manera sobresaliente, el México moderno, el México técnico, un México que puede realizar unos Juegos Olímpicos con la misma eficiencia de Japón.

El aspecto deportivo es una cara de los Juegos y siendo el central puede no ser el básico. Hay que tener en cuenta de que si lo conocen a uno mejor lo respetan más y cuando se siente respeto por un país hasta los tratos comerciales mejoran.

Se habla siempre de los gastos de los Juegos pero no de los ingresos. Gracias a nuestra privilegiada situación que nos permite un contacto directo por TV, hemos podido vender los derechos de transmisión en 14 millones de dólares, mientras el Japón, por ejemplo, en este rubro sólo obtuvo 1.5 millones. En este momento, a un año de los Juegos nuestros ingresos ascienden a 450 millones de pesos mexicanos y llevamos gastados 150 millones. Tenemos con qué responder a los gastos que se avecinan y podemos afirmar que el gasto directo de los Juegos Olímpicos está equilibrado con su propio ingreso. Esta realidad la conocen la Secretaría de Hacienda, el Banco de México y las instituciones financieras nacionales, y para muchos fue una gran sorpresa. No estamos haciendo milagros. Un cambio de horario cambia muchas cosas.

Para muchos fue una preocupación la altura. Las tres competencias deportivas internacionales acabaron con ese fantasma y revelaron que muchos, dentro y fuera del país, tenían un total desconocimiento de nuestras posibilidades. Ahora nos toca señalar esas equivocaciones y llevar a todo el mundo la verdadera imagen de México.



El Congreso de Medicina Deportiva celebrado en nuestra capital recientemente llegó a la conclusión científica de que la altura de la Ciudad de México no afecta a los deportistas de otros climas y otras latitudes más que Londres al africano o Roma al sueco. Pero en la humedad de Londres, en el calor de Roma y en la altura de México se rompen récords si los jóvenes están bien preparados.

La olimpiada cultural no tiene el sentido de distinguir los Juegos de la XIX Olimpiada de los otros que se han celebrado; no se ha partido de esa idea, sino de un análisis real, efectivo, que el COI aceptó y, en consecuencia, aprobó el programa que le presentamos. En la época actual los Juegos Olímpicos constituyen la única oportunidad que subsiste de convivencia entre gentes de todo el mundo. Este recurso se debe salvar y se debe conservar. ¿Para qué se reúnen los jóvenes? Para que compitan y para que, naturalmente, haya más derrotados que triunfadores. ¿Y quiénes triunfan? Salvo excepciones, los representantes de las naciones más fuertes, como la Unión Soviética o los Estados Unidos. La mitad se va resentida con la URSS y la otra mitad con los EU. ¿Es justo reunir a tanta Juventud selecta para que se vaya resentida? Los que pierden se van tristes y también se van tristes muchos de los que triunfan, porque no han roto los récords, porque no establecen nuevas marcas. El más poderoso contrincante del deportista actual es el récord, porque estamos en los límites de la capacidad humana de esfuerzo físico. Nadie va a correr los 100 metros en cinco segundos; nadie va a lanzar la jabalina a 1 kilómetro. Tan estamos llegando a los límites, que en su afán por vencer los atletas se drogan porque piensan que de alguna manera hay que ganarle a ese terrible rival que es el récord. A estas alturas, entonces, ¿se puede asegurar que la sola competencia deportiva hará que la reunión de los jóvenes de casi todo el mundo sea positiva? Hay que reforzar esa convivencia de unos cuantos días. Hay campos de la actividad humana en los que no cuenta el poderío económico, y ese campo es la cultura, porque la cultura no se mide y una máscara de Ghana tiene el mismo valor que una obra de arte de Europa o de América.

Hemos querido brindarle al atleta la posibilidad de ser espectador y podrá serlo, porque las normas exigen que esté en México cuatros semanas antes de las competencias y no puede pasar esas cuatro semanas entrenando. Hay que darles algo más. En Grecia los Juegos Olímpicos eran una tre-

gua necesaria entre las guerras para dar la oportunidad a la gente que se conociera. Sin medios de difusión y de intercomunicación había que buscar oportunidades de intercambio, y en ellas participaban los filósofos, los sabios, y los poetas, que hacían lo suyo mientras los jóvenes jugaban y tenían la oportunidad de conocer el mundo en el que vivían. Ahora nosotros en México tenemos la oportunidad de servir a los jóvenes de todo el mundo divulgando el ideal olímpico, ideal que incluso puede y debe ser comprendido por los niños. La promoción de muralismo infantil tiene la finalidad de que en todos los países los niños conozcan, a través del ideal olímpico, la existencia de México. El niño entenderá y pintará la XIX Olimpiada en su escala, a su nivel, y a la vez serán iniciados en esa dimensión que México ha restituido para el mundo contemporáneo: la pintura mural; tendrán que abrir más los ojos y echar a volar su imaginación hacia otras proporciones.

En ningún momento debemos olvidar que el programa que desarrolla el Comité Organizador no es sólo para México; el nuestro es un programa para el mundo, para todos los países participantes, que son 123, más que los reunidos en la Organización de las Naciones Unidas. El Comité Olímpico Mexicano es un participante entre los 123. Ningún país está obligado a participar en todos los eventos deportivos ni en todos los eventos culturales. Hasta este momento sólo Francia, Checoslovaquia, los Estados Unidos, Cuba y la Unión Soviética han comprometido una participación absoluta en la olimpiada cultural.

El programa cultural fue aprobado por unanimidad en la reunión que el COI celebró en Teherán del 29 de abril al 9 de mayo del presente año, y aprobó todos y cada uno de los 20 capítulos del proyecto presentado. El programa cultural, como los Juegos, tiene carácter oficial. En la próxima olimpiada podría variar el programa cultural, como varía el programa deportivo. En Japón, por ejemplo, se presentó judo y nosotros no lo tendremos en México. El COI ha dicho que para la XX Olimpiada de 1972 repetirá del programa cultural aquellos eventos que hayan demostrado ser los más eficaces; habrá que mejorar unos, suprimir otros.

Quien piense que nuestra olimpiada tiene fines turísticos está equivocado. La capacidad de alojamiento de México está saturada. Lo que ocurre es que el ideal olímpico coincide con la manera de pensar del mexicano, con nuestra historia. Hace poco un periodista alemán nos preguntaba si no



nos hubiera convenido invertir el dinero en obras de beneficio público de las que el país está necesitado. Ese periodista no sabía que pisaba el suelo de una nación donde se construye un aula cada hora, donde en los 30 años se han irrigado tierras en una superficie equivalente al territorio de Francia, donde se han construido millones de kilómetros de carreteras, donde nos estamos ocupando de la infraestructura. Este país que estamos construyendo nos interesa preservarlo y para ello necesitamos de la concordia y de la paz. Los Juegos Olímpicos son todavía una oportunidad, una de las pocas que quedan, para que las próximas generaciones se conozcan mejor. ¿Cómo no nos va a interesar realizarlos en México? ¿Cómo no nos va a interesar fortalecerlos como medio de paz?

Nuestras preocupaciones por la paz tienen que fundamentarse en nuestro propio programa de desarrollo si queremos ser congruentes con él. El que estamos realizando no será trabajo perdido ni superfluo, ni es ostentación. La línea internacional de México es invariable y muy clara y la precisó con gran claridad últimamente el señor Presidente de la República.

Los deportistas, aunque se vayan de México sin llevar una medalla, nunca olvidarán los festivales musicales de la más elevada calidad, las funciones de ballet y de teatro, el festival folklórico, la concreción de un museo imaginado tantas veces y que ahora en México se hará realidad. El COI sabe que a esta primera olimpiada cultural no serán enviadas obras de Miguel Ángel; pero dentro de ocho o doce años los países se empeñarán en mandar lo mejor de sus colecciones. A México le cabe la satisfacción de haber tenido la Presencia de la Cultura en el momento exacto en que los Juegos Olímpicos lo requerían, por eso al COI le pareció perfecto. ♦